

EL ITINERARIO DE ETERIA

Preguntarse por las razones que impulsan a una persona a emprender un viaje incierto, abandonando su confortable casa, la rutina diaria y el calor de los suyos; entregándose al sufrimiento y la soledad del camino es algo que siempre ha despertado gran curiosidad e interés.

Hubo y hay explicaciones que no llegan a satisfacer la gran variedad de motivaciones al respecto. Muchos autores destacaron el carácter pedagógico del viajar, considerando que la observación, el descubrimiento y la convivencia con otras gentes y pueblos era una experiencia altamente educativa.

Pero muchas veces, no hay una razón concreta y objetiva para viajar sino que es un impulso vital, una especie de mística que trasciende, en lo personal, a lo puramente pedagógico.

Para explicar esto último me remitiría a un magnífico comentario que Montaigne hacía en su época: "A quien pregunta la razón de mis viajes le contesto que sé muy bien de lo que huyo pero ignoro lo que busco".

Hoy vivimos en un mundo globalizado en el que desplazarse de un continente a otro es sólo cuestión de horas y no hace falta especial predisposición mental para ello sino simplemente una cuenta corriente saneada. Pero eso no es viajar sino simplemente hacer turismo (que es la banalización capitalista del viaje), foto

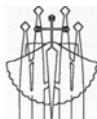
aquí, bronceado allá, postal a la familia y mucho estrés en los aeropuertos (sobre todo si se viaja con Iberia). El viaje implica una buena dosis de riesgo e incertidumbre, una cierta precariedad de medios con renuncia a muchas comodidades incluido y sobre todo, una apertura total a la sorpresa y al misterio.

A lo largo de la historia ha habido viajeros que han cautivado mi atención y espíritu: Cabeza de Vaca, Francisco de Asís, Malaspina,... pero mis letras de hoy no se van a centrar en ninguno de ellos sino en una mujer llamada Eteria, probablemente una de las primeras, sino la primera, gran viajera de la que la historia tiene constancia.

Mucho antes de que empezaran las peregrinaciones jacobeanas, esta mujer hizo ya el viaje mítico que los discípulos de Santiago realizaron desde Palestina hasta el final del mundo, pero ahora ella, en sentido inverso.

Más que su peripecia vital, de la que hay poca información, considero importante intentar entender las razones que la impulsaron a realizar un viaje tan osado para la época.

Eteria fue una monja y escritora del siglo IV, natural de Galicia y que se le citó a lo largo de la historia con los nombres de Echeria, Egeria, Eitheria y el más reciente de Silvia. Aunque algunos autores mantienen hoy el de Egeria como forma verdadera, el historiador García Villada se inclina por el de Eteria. Para este historiador tampoco ofrece duda su naturaleza gallega, pues San Valerio, a quien debemos su más fidedigna semblanza, dice que había nacido en las playas del extremo Occidente. Con estas palabras, cuyo alcance parece tan



vago, alude claramente a Galicia, como confirman otras obras suyas en las que utiliza esa expresión para referirse al solar galaico.

San Valerio, que por cierto se refiere a ella como "*beatissima sanctimonialis*" en carta dirigida a los monjes del Bierzo, –y que recoge el P. Enrique Flórez en su obra "España Sagrada"– comienza alabando la valentía y piedad de la monja con las siguientes palabras:

"Los ejemplos de los varones perfectos y esforzados nos cautivan; pero mucho más nos debe admirar la eficacia de la virtud de una frágil mujer. Contemplad a la bienaventurada Eteria, más valiente, según cuenta su historia, que todos los hombres de su siglo. En tiempos en que la fe católica apenas había alumbrado con sus rayos estas playas de extremo Occidente, emprende la bienaventurada virgen Eteria, inflamada en amor de Dios y con su ayuda, un viaje alrededor de todo el mundo. Guiada por Él, va caminando poco a poco, hasta llegar a los Santos Lugares del nacimiento, pasión y resurrección del Señor, deteniéndose a su paso a visitar los cuerpos de los santos mártires, que descansaban en diversas ciudades y provincias. En todas partes oraba, y cuanto más dominada estaba por el dogma sacrosanto, tanto más se enardecía su corazón".

Según la versión de San Valerio es probable que Eteria fuera una virgen consagrada a Dios y que posiblemente perteneciera a alguna de las comunidades religiosas de su época.

Eteria alcanzó enorme fama por su viaje a Tierra Santa, del cual nos dejó una preciosa reseña en su

"Itinerarium". La autora viajó desde Galicia hasta los Santos Lugares y desde allí hasta Egipto, donde realizó la ruta recorrida por el pueblo de Israel en el desierto hasta llegar al monte Sinaí. Estuvo también en Capadocia, Galacia, Bitinia, Tebaida y Alejandría.

Su viaje no fue pues superficial o de recreo sino una peregrinación en toda regla, consciente y piadosa a la vez.

Se familiarizó con las lenguas de la zona y se sometió a fatigosas caminatas y ascensiones para tener relación ocular y precisa de todas aquellas ceremonias y ritos que la realidad le iba poniendo en su camino.

El texto íntegro del "Itinerarium" debió ser interesantísimo pero se desconoció su existencia hasta que en 1884 el investigador italiano, Gian Francesco Gamurrini encontró en un códice de la Biblioteca della Confraternità dei Laici en Arezzo una parte incompleta del mismo.

Este carácter incompleto del "Itinerarium" que ha llegado a nosotros es una lamentable pérdida para filólogos, historiadores y exégetas, pero para los que no ambicionamos un conocimiento tan erudito de la realidad de la época nos encanta que el misterio siga envolviendo a esta mujer, mitad asceta mitad aventurera, y a su obra escrita y que ese misterio sirva para actualizar aquel aforismo con el que me gustaría despedir estas líneas: "Como todos los grandes viajeros he visto más cosas de las que recuerdo, y recuerdo más cosas de las que he visto".

Esta es, a fin de cuentas, la magia del viaje.

Xoán García Rodríguez

